



RUY GONZALEZ DE CLAVIJO.

Las nuevas de las conquistas, devastaciones y crueldades que señalaban la marcha del Atila del Asia Tamerlan, se oían en España como las de los estragos causados por una tempestad, inundación u otra calamidad en lejanas tierras. Por todas partes se apiñaba la gente en torno del peregrino que volvía de visitar el santo sepulcro para escuchar la triste relación de batallas sangrientas, horribles muertes y destrucción de ciudades, cuyas cenizas acababa de pisar. Los ancianos traían á la memoria los hechos de armas mas señalados de su tiempo, y no los hallaban comparables á los que la fama publicaba de aquel fiero conquistador; los monges se confirmaban en la idea de que era el antecristo, y hasta los guerreros crecidos entre las fatigas de la guerra y avezados á sus azares oían contar con asombro las hazañas del bárbaro escita. Empuñaba á la sazón el cetro de Castilla Enrique III, príncipe diestro en el arte de gobernar y que se complacía en unir su nombre á cuanto respiraba grandeza y gloria. Igualmente celoso por extender sus relaciones de amistad y alianza que los límites de sus dominios, deseó entablarlas con aquel hombre extraordinario, y con este fin y para que le comunicasen con verdad las increíbles proezas que de él se referían, las cuales exageradas por el vulgo y no permitiendo aclararlas la distancia, tomaban para la gente entendida el carácter de fabulosas, despachó á Oriente dos de sus caballeros, Pelayo Gomez de Sotomayor y Hernán Sánchez de Palazuelos.

Desde que en 1380 impetró Leon de Lusignan, rey de Armenia, prisionero del Soldan de Egipto, la mediación del rey de Castilla para obtener como obtuvo la libertad, no habían vuelto á tener los castellanos inteligencia alguna con príncipes orientales, si bien sus vecinos los catalanes y aragoneses mantenían allí un comercio activo, y desde el siglo XIII tenían establecidos consulados en los principales puertos de aquella región. Pasaron nuestros emisarios al Asia, y como aventureros siguieron el campamento de Tamerlan y asistieron á la rota de Ancira, donde la ruina del trono turquesco llevó á su mayor apogeo la fortuna del sucesor de Gengiskan. Al punto que entendió el vencedor la presencia de los dos extranjeros en su campo, mandó que viniesen á su tienda, y colmándoles de regalos, entre los que figuraban dos lindas jóvenes, despojo del vencido, les despidió para España, no sin juntarles uno de sus cortesa-

nos, de nombre Mahomat Alcagi, para que en calidad de embajador suyo saludase al monarca castellano.

Fué recibido por nuestra corte el embajador de Tamerlan como se recibe siempre al enviado de un conquistador amigo. Don Enrique no desatento á la cortesía del bárbaro, dispuso que su representante, después de haber sido obsequiado con partidas de caza, lujosas fiestas y regalados banquetes, volviese acompañado de una embajada en toda forma para felicitarle por las recientes victorias. Merecieron la confianza del rey para desempeñar este cargo, fray Alonso de Sta. María, teólogo dominicano, de quien hace honorífica memoria la crónica general de su orden, el cual hacía como de principal ó cabeza, Ruy Gonzalez de Clavijo, historiador de esta jornada, que aparece como secretario, y un caballero llamado Gomez de Salazar, que iba en clase de agregado. Escritores bastante posteriores á Ruy Gonzalez, le hacen natural de Madrid, añadiendo que moraba en las casas que ocupaban el lugar que hoy la capilla del obispo en la parroquia de San Andrés. Lo único que se sabe de cierto sobre su vida antes de emprender la expedición que le hizo tan célebre en aquella edad, es que tenía el empleo de camarero mayor del rey, cargo entonces equivalente al que después del advenimiento de los Borbones se conoció con el nombre de sumiller de corps.

Embarcáronse nuestros diplomáticos en compañía del de Tamerlan en Cádiz, el día 23 de mayo de 1403, en una carraca de un comerciante genovés que iba á Rodas. Tardaron mas de dos meses en la travesía, no solo por la natural pesadez de aquella clase de embarcaciones, sino por haber el patron hecho escala en varios puntos para cambiar el cargamento. Con este motivo tuvieron lugar de ver varias ciudades, como Málaga, que aun pertenecía al rey de Granada, Ibiza del de Aragón, Gaeta, Mecina y otras. Espectáculos nuevos fueron para nuestros viajeros los volcanes de Lipari y las helenas ó fuegos de San Telmo, que durante una borrasca aparecieron en los palos del buque, y que tomó la tripulación, como sucedía antes que se explicase la causa de este meteoro, por el alma de aquel celeste protector de los navegantes. Avistaron, quizá sin emoción, y pasaron de largo las costas de Grecia, únicos tal vez que han surcado aquellos mares y divisado aquellas playas sin consignar un recuerdo, sin detenerse á pisar el suelo clásico de los

18 DE MARZO DE 1849.

filósofos y de los héroes. Con igual indiferencia atravesaron el Archipiélago, donde cada isla es un poema, y donde no hay roca á quien no deba un Dios el paganismo. Tomaron tierra en Rodas, Scio, Mitilene y Tenedos, ya para adquirir noticias de la corte de Tamerlan, proveerse de bastimentos, ó reparar averías, pero nunca con objeto de visitar un sitio memorable. En la primera de estas islas fueron muy honrados por el lugar teniente del gran maestro, desde la última contemplaron las ruinas de la corte de Priamo. De allí distinguieron ó creyeron distinguir los edificios y pedazos del muro aportellados á lugares, e de torres enhiestas, e otros edificios como de castillos, e los muros que parecían por do fuera la ciudad. Estos edificios y pedazos de murallas y de torres enhiestas, existentes despues de veintiseis siglos, parecen protestar contra las palabras que el poeta latino ha puesto en boca del fundador del pueblo romano al acabar de referir la série de desventuras que causaron la ruina de su patria, *et omnis humo fumat. Neptunia Troja*. Poco mas de cuatrocientos años han transcurrido desde que nuestro compatriota escribió lo que dejamos citado, y los anticuarios y curiosos viajeros que se dirigen á aquellos célebres lugares solo encuentran ya un campo desierto en que se levantan dos colinas que la tradicion señala como las tumbas de Hector y de Patroclo.

Arribaron los embajadores á Constantinopla á fines de octubre y se alojaron en el arrabal de Pera, en todo tiempo albergue casi esclusivo de estrangeros. Una sombra de nacion en que hacia cabeza una familia dividida por la ambicion y el crimen llevaba todavia el nombre de imperio oriental, título tan pomposo como falso, pues que sus limites solian ya ser los muros de la misma capital. Nombrábase entonces emperador Manuel Palcologo, principe no de los mas indignos que ciñeron la diadema del gran Constantino. Lisongera acogida tuvieron de él y de su corte nuestros enviados, si bien el lector no habrá olvidado que entre estos iba el de Tamerlan, á quien Manuel debía el imperio. Mostráronles prolijamente todas las curiosidades que en obras públicas, templos y reliquias encerraba la heredera de Roma, principalmente de estas últimas que fueron tantas y tan peregrinas, segun las refiere nimiamente Ruy Gonzalez, que al lado de aquellos relicarios hubieran parecido escasos y poco preciosos los del Escorial. Examinaron las fortificaciones, que nuestro autor encontró tan mal dispuestas que dudó del valor de los turcos al verlos retroceder ante ellas; «ca para tan grande gente como los turcos eran, dice, non era defendedera esta ciudad, e parece que los turcos non son buenos combatientes, si non entraranla.» El aspecto de la poblacion revelaba demasiado su estado miserable: «en esta ciudad de Constantinopla, dice en otro lugar, hay muy grandes edificios de casas e de iglesias e de monesterios, que es lo mas dello todo caído.» Tal era Bizancio, Constantinopla ó Stambul, treinta años antes del nacimiento de Mahometo II.

Hiciéronse á la vela para Trebizonda ó Trapisonda, como entonces decian, el 14 de noviembre; mas una terrible tormenta que les sobrevino apenas habian salido del puerto, les obligó á volver á Pera donde permanecieron hasta la primavera del siguiente año de 1404, por no hallar buque que quisiera engolfarse durante el invierno. Pasado este flataron por su cuenta una galeota y el día 11 de abril llegaron á aquella famosa ciudad, capital de uno de los cuatro reinos en que se dividió el imperio griego. Debieron como en Constantinopla grandes atenciones á la familia real en los quince dias que allí se detuvieron para ver la ciudad, y para proveerse de caballerías y demas cosas necesarias para continuar el viage por tierra. Abastecidos convenientemente y con un guia práctico internáronse en la Armenia, teniendo que sufrir al atravesar su suelo desolado y casi desierto por el furor de la guerra, continuas vejaciones de los régulos ó señores del pais que les forzaban á pagar fuertes derechos, ó á que les diesen parte de los presentes que llevaban al Tamerlan. Tal vez se harian á nuestros compatriotas mas acerbos estos ultrajes si recordaban que un siglo antes unos cuantos españoles bajo las banderas de Roger de Flor habian recorrido vencedores aquellas dilatadas comarcas.

Pasaron el Eufrates por Arzingan, ciudad muy nombrada en las guerras de tártaros y turcos, y á las pocas jornadas se presentó á su vista el monte Ararat, en cuya cumbre, segun los espositores del sagrado testo, salió Noé del arca y ofreció el sacrificio. Comieron y sestearon á la márgen de una cristalina fuente que riega su falda, y siguiendo

do el camino salvaron el 5 de Junio las fronteras de la Persia, donde se reunieron á un enviado del Soldan de Egipto que llevaba al Tamerlan de parte de su Señor quince camellos cargados de presentes. Descansaron algunos dias en la populosa Tauris, cuyas murallas encerraban, segun cálculo de Ruy Gonzalez, mas de doscientas mil casas, y cuyo gobernador, que era pariente de Tamerlan, cuidó de enseñarles todo cuanto contenia de notable en alcaicerías, jardines, palacios, mezquitas y baños, aunque la mayor parte estaba destruido en virtud de cierta brutal determinacion de un hijo de aquel tirano, que luego referiremos. De aquí en adelante hallaron un servicio de postas tan bien montado, que en este punto aquel gobierno no tendria nada que envidiar á las que en el dia tienen mas perfeccionado este ramo.

Despues de seis jornadas llegaron á Sultania, rica y comerciante ciudad que habia sido victima con Fauris de la fiera ó locura del hijo mayor de Tamerlan, á quien este las habia dado como en feudo, el cual llevado de un bárbaro y extraño afán de renombre, semejante al que inflamaba al incendiario del templo de Diana, discurrió destruirlas para hacerse memorable. Prosiguieron su marcha en caballos de posta, que *andan quince á veinte leguas entre dia y noche... e en cada una dellas hay tanto como dos leguas de Castilla*, y á 7 de julio pasaron por Teheran, poblacion entonces de poca importancia, donde residia un yerno de Tamerlan, quien les convidó á un banquete en que se sirvió un caballo entero, favorita vianda de aquella gente. Dióles ademas trajes del pais, distinguiendo á Ruy Gonzalez con un caballo grande y andador, cualidad á que allí añaden gran precio, guarnecido de vistosos arrees. Un nieto del señor que yacia aquí enfermo se quedó con uno de sus halcones, que hacian parte de los regalos destinados á su abuelo.

Con el excesivo calor enfermaron los embajadores y casi toda su comitiva. Ahogóseles un halcon, y antes de dejar la Persia tuvieron el sentimiento de perder á Gomez de Salazar, que falleció en Nixar, capital de la antigua Media, segun Ruy Gonzalez, si bien habian concurrido á asistirle lomas célebres galenos de la comarca.

Los habitantes de las poblaciones pequeñas, al saber la aproximacion de embajadores, abandonaban sus hogares y se retiraban á las montañas con lo que de su hacienda podian llevar, huyendo de los malos tratamientos que les hacian experimentar la soldadesca que los escoltaba. Por los caminos encontraban frecuentemente torres fabricadas de lodo y cráneos humanos, *tan altas como un ome podia echar una piedra en alto*, horribles trofeos que como para perpetuar mejor la memoria de su estúpida crueldad, solian levantar los conquistadores salidos de aquellas razas; monumentos repugnantes que afrontando á la humanidad y al siglo manchan todavia una parte del suelo europeo, la Turquía, y que han subsistido hasta muy recientemente á las puertas de nuestra patria en las islas de los Garbes.

Al atravesar la tierra de Korasan visitaron en una de sus ciudades el sepulcro de un nieto de Mahoma, cuya fama de santidad atraía gran número de peregrinos, los que, como acontece entre musulmanes, y sucedió á Ruy Gonzalez y á sus compañeros, eran luego mirados con cierta especie de veneracion en otros paises de la misma creencia. El 18 de agosto estuvieron en Balka, que colegimos será la que nuestro diplomático llama Vaeg, y el 21 pasaron el Gihon ó antiguo Oxo, que por allí *es ancho cuanto una legua*. Detuviéronse en Kesh, patria de Tamerlan, para admirar la suntuosa mezquita labrada por orden suya para guardar sus restos y los de sus descendientes, y el magnífico palacio que como retiro ó sitio habia hecho construir, y en cuya labor y adorno el lujo y gusto oriental habian apurado todos sus recursos. *Para dentro en Paris onde son los maestros sotiles, seria fermosa obra de ver*, dice Ruy Gonzalez al describir aquel soberbio rival de la Alhambra. Por último, el 8 de setiembre dieron vista á Samarcanda, corte del imperio de Tamerlan, y término de tan dilatado viage. Asiéntase esta famosa ciudad, depósito entonces de todas las riquezas del Oriente, en medio de una feracísima vega, y extramuros se hallaba situado el alcázar, morada del árbitro del Asia. Precedidos de los regalos, y sujetándose á la humillante y ridícula etiqueta oriental, presentáronse nuestros embajadores, que fueron recibidos con ilimitadas muestras de distincion. Hízoles acercar para verlos mejor, por tener ya con los muchos años la vista cansada y débil; mandó que se sentasen en lugar preferente sobre los demas embajadores de otras

naciones, y para colmo de deferencia se informó con grande interés de la salud de su *querido hijo el rey de España*, que tan afectuoso nombre solo nuestro soberano le mereció al que solía decir que no convenía que la tierra fuese gobernada por dos reyes. Mahomat Alcagí, el embajador que vino con Sotomayor y Palazuelos, se presentó en traje de Castilla, lo cual llamó la atención y escitó la risa de sus compatriotas.

Asistieron constantemente nuestros representantes á todas las fiestas y pasatiempos de aquella corte. Solo una vez dejaron de ser invitados por olvido del trujiman ó intérprete, omisión que iba á costarle bien cara, pues fué condenado á que horada la nariz y pasada por ella una cuerda fuera así llevado por toda la ciudad, sentencia que á duras penas pudieron conseguir quedase sin efecto. Reducíanse las dichas fiestas á comer carne asada de caballo ó de carnero, servida en bajilla de oro ó de porcelana, y á beber leche de yegua con azúcar; el vino no era permitido si no precedía el permiso del monarca, que fácilmente lo concedía, pues aunque se preciaba de rígido observador de la ley muzlimica, no estaba de acuerdo en este punto con el profeta, como no lo están en el día la mayor parte de sus sectarios. En uno de estos convites hizo ahorcar Tamerlan para fin de fiesta á varios empleados prevaricadores, entre los que se contaba su primer ministro. Probablemente ignoraría, pues á saberlo lo hubiera imitado, el tratamiento que daba á esta clase de criminales un antecesor suyo, con quien tiene muchos puntos de semejanza, Cambyzes, el cual según cuenta Llerodoto, mandaba degollar vivos á tales delincuentes, y que con la piel se forrase el asiento del sucesor. Parece que uno y otro tirano se habían encargado de vengar la impunidad de que este delito ha gozado, con muy raras excepciones en todas partes, antes y después de ellos.

Estiéndese Ruy Gonzalez en la descripción de Samarcanda, y en referir las arbitrariedades, sinrazones y violencias que el déspota hacía sufrir á los habitantes en su vano afán por embellecerla. Y llamámosle vano afán porque siglo y medio después un célebre geógrafo, Abraham Llortelio, la designaba ya en sus mapas como un montón de ruinas. Empleábanse de día y de noche millares de operarios en abrir nuevas calles, levantar casas ó demoler las que estorbaban, sin indemnización al dueño ni aun siquiera previo aviso. Así casi de simple aldea había venido á ser en pocos años la ciudad mas bella y regular de aquella parte del mundo.

Esparcieronse de pronto siniestros rumores acerca de la salud de Tamerlan, que muy luego tomaron cuerpo con no presentarse este en público, y con no abrirse para los estranos las puertas de su palacio. Deseosos nuestros embajadores de volverse á España daban prisa para que les despachasen, pero los palaciegos con frívolas excusas eludían su pretensión de hablar al soberano. Insistieron con vehemencia en su empeño, mas resistieronlo tan tenazmente los privados del desfallecido monarca que acabaron por negarles sin rodeos la entrevista que solicitaban, añadiéndoles que si de grado no marchaban en breve término, les harían sin consideración alguna partir por fuerza. Resolución que atribuye Ruy Gonzalez al temor de que divulgaran por el camino el próximo fallecimiento de Tamerlan, y se sublevasen los gefes de las provincias que esperaban sucederle. Obedecieron los embajadores tan incalificable determinación el mismo día que les fué intimada, saliendo de Samarcanda, donde no era ya un secreto que el temido conquistador tocaba el fin de su carrera.

Volvieron á atravesar el Asia casi por los mismos sitios por donde les hemos seguido, mas antes de dejar los estados de Tamerlan participaron de los efectos de la descomposición social que era inevitable á su muerte, descomposición que sufren hasta que se reconstituyen, fraccionándose todos los grandes imperios formados de provincias y reinos allegadizos cuando se rompe el lazo que los comprime. En Tauris fueron detenidos sin saber ellos la causa por uno de los que aspiraban al trono que se había enseñoreado de aquella ciudad, y al cabo de cinco meses, esto es, ya promediado el año de 1403, pudieron escapar abandonando parte del equipaje. Embarcáronse en Trevizonda y continuando con la mas posible celeridad el viaje, después de mil borrascas y azares surgieron en el puerto de Génova al comenzar el año de 1406. De aquí los embajadores fueron á Savona donde estaba el papa, por cuanto habían de ver con él algunas cosas. Estas cosas serían tal vez el hacerle presentes las quejas y súplicas de las desoladas iglesias de Asia, de cuya opresión

habían sido testigos. Era entonces pontífice Inocencio VII, y estaría en Savona huyendo de los partidarios del turbulento antipapa aragonés Benedicto Luna, que traían revuelta á Roma. Finalmente, el primero de marzo volvieron á pisar el suelo natal, tomando tierra en Sanlúcar, desde la cual se dirigieron á Alcalá de Henares, donde accidentalmente se hallaba el rey, para darle cuenta de su comisión.

Aquí acaba el itinerario de Ruy Gonzalez, y aquí debería acabar también su biografía si la losa de su sepulcro no nos revelara la época de su fallecimiento. Dice así esta única página que debió á sus contemporáneos: *Aquí yace el honrado caballero Ruy Gonzalez del Clavijo, que Dios perdone, camarero de los reyes Don Enrique, de buena memoria, e del rey Don Juan su hijo, al cual el dicho señor rey ovo enviado por su embajador al Tamerlan, et finó dos dias de abril año del señor de mil y cuatrocientos e doce años.* Es cosa singular que esté envuelta en tanta oscuridad la vida de este personaje, que ejerció un destino de alta categoría en palacio, que debió excitar sobremanera la curiosidad pública después de su expedición, y á quien no debió tratar con rigor la fortuna cuando restauró á su costa con gran lujo la capilla mayor de la antigua iglesia de San Francisco, en la cual se le erigió un magnífico sepulcro, que años después fué trasladado al medio del templo para dar lugar al de la reina Doña Juana, madre de la Beltraneja. No dejaron reposar allí por mucho tiempo sus cenizas: á fines del siglo XVI volvieron á ser removidas y arrimadas á una de las paredes laterales, y por último, cuando se reconstruyó en el siglo pasado el edificio, se las depositó en la bóveda de la nueva iglesia donde descansan por ahora. Formaban el escudo de armas de Ruy Gonzalez, media luna de oro en campo gules y tres fajas rojas en campo de plata. Dióle el apellido á sus ascendientes, según el concienzudo heráldico Argote de Molina, la famosa batalla que se han propuesto borrar de nuestros fastos los modernos críticos.

No habiendo visto la luz una carta de Ruy Gonzalez, que dice Gil Gonzalez Dávila, existía en el archivo de la cartuja del Paular, dirigida al prior de la misma, nos reduciremos á hablar de su único escrito que ha llegado á nosotros, el itinerario del viaje desde que se embarcaron en el puerto de Santa María hasta que á su vuelta se presentaron al rey en Alcalá. Gonzalo Argote de Molina, grande investigador é infalible por esclarecer los sucesos de aquel reinado, impidió que se sumiera en el olvido uno de los que mas lo ilustran, imprimiendo esta obra en 1582, precedida de un erudito prólogo y dedicándola al ministro Antonio Perez. Reimprimiéndola en 1782, mas completa por los cuidados de Don Eugenio Llaguno y Anírola el conocido librero Don Antonio de Sancha, á quien tanto debe el arte tipográfico en nuestro país. No nos detendremos á señalar los defectos, ni á encarecer los dotes que recomiendan este libro, escrito sin las pretensiones de que se hace ostentación ahora en los de esta clase, pues mas bien debe considerarse como unas memorias privadas, que compuesto para instrucción y pasatiempo de los demás. Sin embargo, el camarero de Enrique III tiene la dicción mas culta y el estilo mas fácil y ameno que todos sus coetáneos, sin exceptuar á Don Pedro Lopez de Ayala; describe con naturalidad, sin prevención ni intolerancia, observa y juzga costumbres y creencias contrarias, fija con exactitud la topografía, si bien altera hasta desfigurar los nombres propios por la manía de castellanizarlos; muestra la diferencia de producciones de cada suelo y no se olvida de indicar el estado del comercio y de la industria en las grandes poblaciones. ¿Quién sabe la influencia que pudieron tener sus brillantes descripciones de palacios y festines, en que los autores de libros caballerescos hiciesen aquella region el teatro de las aventuras de sus héroes y les cifieran por premio de sus trabajos las diademas de aquellos imperios? Pero no adelantemos una suposición que podría atraer sobre nuestro buen camarero parte del ridículo que cubre á toda aquella extravagante literatura, que debió su muerte á España pero no su nacimiento.

JOSÉ GODOY ALCANTARA.



Orden de batalla.



Armada de vela cortando la línea enemiga.



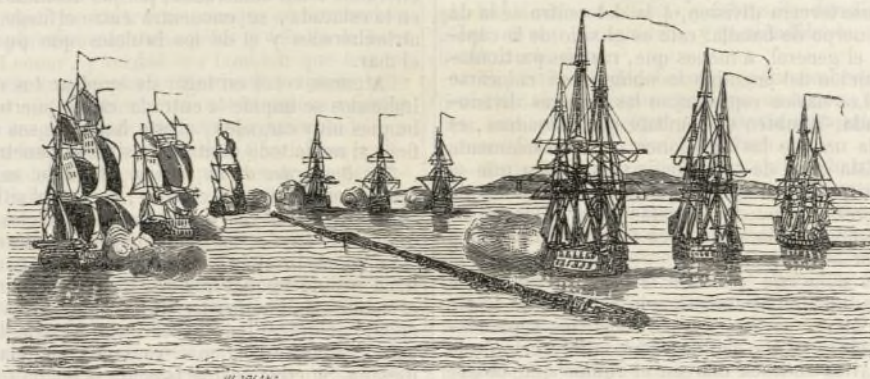
Combate al abordaje.



Orden de retirada.



Barcos atracados.



Ataque de buques atrincherados.



Bombardeo de un puerto.



Desembarque de tropas en pais enemigo.

TACTICA NAVAL.

Vamos á presentar algunas noticias que sirvan de explicación á los ocho grabados de táctica naval que publicamos en este número, persuadidos de que no han de desagradar á nuestros lectores algunos detalles sobre el sistema que se sigue en tan terrible género de combates.

1. *Del orden de batalla.* Los navíos combaten de costado porque en ellos tienen dividida la artillería; y se mantienen á la vela, con el objeto de darles el movimiento necesario para maniobrar en el combate. La distancia que se deja entre cada uno de ellos, pende no solo de la fuerza del viento, sino tambien de la estension que el almirante juzgue conveniente dar á la armada para pelear con mas ventaja.

Las fragatas marchan de manera que puedan recibir las órdenes que se las quiera comunicar; los brulotes separados de las fragatas, y á un gran tiro de cañon de los navíos, y finalmente, los barcos de carga distantes de los brulotes. Es costumbre llamar vanguardia á la escuadra que vá á la cabeza de la línea, y retaguardia á la que vá detrás: si hubiese tercera division, á la del centro se la dá el nombre de cuerpo de batalla: este es el sitio de la capitana, donde vá el general, á menos que, razones particulares, ó la disposicion del enemigo le obliguen á colocarse en otra parte. Los navíos representan las terceras divisiones de la armada. Tambien se combate por escuadras, es decir, que cada una de las divisiones obra aisladamente por su lado. Esta clase de combate es mas pronto que el primero, puesto que los cuerpos pequeños tienen mas actividad, mas ligereza, y pueden apretar mas al enemigo, pero una vez empeñada la accion, es muy difícil reunirse combatiendo por escuadras.

2. *Escuadra á la vela cortando la línea enemiga.* Se dice cortar una línea, el atravesarla con el objeto de hacer salir de ella algunos navíos, para combatirlos separadamente y rendirlos antes de ser socorridos del resto de la armada. Los navíos en línea marcan el rumbo que observan en esta maniobra, y el que la corta vá virando para reunirse á su armada. Doblar el enemigo, se dice cuando se le atraviesa en su derrota bien por vanguardia ó retaguardia, para ponerle entre el fuego de la armada enemiga y el del destacamento que le dobla: un navío dobla al enemigo por la cabeza y otro por la cola.

Envolver al enemigo es cuando aproximándose á él, se le quita todos los medios de salvarse.

3. *Del abordage.* Ir al abordage es cuando despues de combatir con un navío, se aproxima tanto á él que se hace saltar á bordo una parte de la tripulacion. Esta maniobra es tan difícil como atrevida, y son necesarios el talento y valor por causa de los accidentes que pueden ocurrir en el choque de los navíos; por esto se tiene mucho cuidado al acercarse al enemigo, de ir recogiendo velas poco á poco con el objeto de disminuir la velocidad y hacer el abordage con mas orden.

4. *Modo de retirarse.* Se ejecuta la retirada en las dos líneas que estén mas próximas, á fin de colocarse en batalla en aquella que la necesidad lo exija; si el enemigo persiguiese con calor y obligase á entrar en combate: los barcos del convoy se ponen de manera que estén defendidos por los buques de guerra. No puede ejecutarse esta clase de retirada sino en caso de ser el viento contrario para el enemigo, y tal circunstancia permite á la escuadra retirarse en buen orden, aunque en el combate se haya llevado la peor parte. La otra escuadra no tiene la misma ventaja, puesto que su retirada tiene que ser contraviento ó bordeando, es decir, cambiando de rumbo alternativamente: en fin, tambien se puede retirar haciendo virar á todos los buques á la vez, pero esta maniobra es peligrosa porque los fuegos del enemigo los enfilan.

5. *Barcos atracados.* Se atracan los navíos, amarrando unos á otros, con el intento de impedir que el enemigo pase por medio de ellos, y tomar el sitio que ellos defienden. Se atracan ó barloan los buques ordinariamente con áncoras echadas á popa y proa, ó bien por amarras en tierra; pero si las corrientes ú otras razones no permiten amarrar los buques en el paso elegido, se les amarra, segun la disposicion del parage, en uno de los lados, desde donde puedan con ventaja cañonear al enemigo si inten-

tase forzarle. Segun las circunstancias, se aprovechan de los puntos avanzados para ocultar en ellos brulotes, que deben tenerse dispuestos á obrar cuando la ocasion lo pida: tambien durante la noche se colocan en puntos muy avanzados y separados de los buques mayores, lanchas ó chalupas para precaverlos de los brulotes que el enemigo pueda enviar.

6. *Ataque de buques atrincherados.* Mientras es posible, se ataca á estos barcos por galeotas con bombas, ó bien por baterías levantadas en tierra que puedan romper su estacada, ó al menos desbaratarla lo suficiente para que los buques de alto bordo concluyan de deshacerla pasando por encima á toda vela. Tambien deben aprovecharse las noches oscuras echando brulotes ó lanchas con camisas embreadas para que colocándolas en la estacada, el fuego consuma la parte que está fuera del agua, y de esta manera desaparezcan los obstáculos. Si no pudiesen tener efecto estos ataques, se rompe el fuego de cañon contra la estacada, corriendo en seguida los barcos que le hagan á toda vela por encima de ella para concluir de romperla y entrar en el puerto. Esta maniobra, que debe ejecutarse la última, puede ser muy peligrosa en particular si los buques atrincherados están amarrados; porque detenidos los que atacan en la estacada, se encuentra entre el fuego de los buques atrincherados y el de los brulotes que pudiesen tener en el mar.

Algunas veces en lugar de emplear los medios que van indicados se impide la entrada en el puerto, sumergiendo buques muy cargados, y esto hace que sea en extremo difícil, si no de todo punto imposible el penetrar al enemigo.

7. *Borbardeo de un puerto.* Cuando se bombardea un puerto con buques se colocan, cuanto el sitio lo permita, al abrigo de los fuegos enemigos, poniéndolos detrás de islas ó terrenos cuya elevacion no impida el hacer puntería; pero si se quiere insultar nada mas, al pasar por el puerto, se hace uso de buques que disparen en su marcha dándoseles el nombre de bombardas. Estos buques son tan á propósito como cualquiera para hacer fuego cuando la necesidad lo exija, y bogan con mas ventaja y facilidad por su palo mesana. Se elige ordinariamente la noche para bombardear un puerto, porque los buques están menos espuestos al fuego enemigo.

8. *Desembarque de tropas en pais enemigo.* Esta clase de expediciones son las mas espuestas y mortíferas que pueden ocurrir á la marina cuando la parte en donde quiera hacerse el desembarco esté bien defendida. Generalmente en estas ocasiones se usa enviar primero las fragatas, ó pramas (1) á apagar los fuegos de las baterías enemigas, arrojarle de un atrincheramiento, ó al menos ver si se les puede envolver y que emprendan la retirada. Se arrojan bombas á las cercanías de la playa para impedir cuanto sea dable la aproximacion de tropas al parage del desembarque, con objeto de impedirlo. Al abrigo de este continuo cañoneo es como las lanchas conducen á tierra á los soldados y los útiles necesarios para levantar un atrincheramiento si hubiese necesidad. Cuando la playa no tiene la suficiente estension para que todas las lanchas ataquen de frente, se aproximan en hilera, y se salta á tierra pasando de una en otra. Algunas veces se dan de esta manera ataques falsos ó verdaderos, segun la idea que se haya formado de dividir las tropas enemigas y tomar las baterías cuyos fuegos impidan el desembarque. Estas expediciones siempre se practican protegidas por buques de alto bordo.

NUESTRA SEÑORA DEL AMPARO.

LEYENDA.

I.

Entre las muchas y lucidas fiestas, con que la noble y leal ciudad de Sevilla celebró la boda del buen rey Enrique IV con la famosa portuguesa doña Juana, fué señalado un torneo de cien caballeros, cincuenta de cada parte, respectivamente capitaneados por el duque de Medina-Sidonia y por don Juan Pacheco, marqués de Villena. Compo-

(1) Pramas (especie de barcos).

niase la primera de estas cuadrillas de los mas apuestos caballeros de Andalucía y de algunos pajes de la casa del rey, á quienes por especial merced se había concedido entonces la honra de enristrar lanza y calzar espuela, con lo cual había ganado no escaso aumento la insigne orden de la caballería. Descollaba entre los pajes agraciados con tamaña honra, el gallardo y valiente Hernando de Santillana, quien á juzgar por la priesa con que se daba á componer amorosas trovas, y el velo de tristeza que de cuando en cuando se veía anublar su trigueña y espaciosa frente, parecía esclavo de alguna beldad, cuyos desdenosos rigores le tra-gesen melancólico y acuitado.

No faltaba quien mas perspicaz que el vulgo de los cortezanos hallara modo de concertar la tristeza y las trovas del bravo Hernando, con el arrugado entrecejo y receloso porte de don García Manrique, conde de Castañeda, en aquella sazón enamorado esposo de doña Leonor de Fonseca. — Pensaba la malicia de muchos, que desde el punto en que esta doña Leonor había sido la dama que calzara la espuela al page trovador, cuando fué recibido en la orden de caballería, y desde que el page agradecido á tan alta merced, vestía los colores de doña Leonor, debía de andar el don García un sí es no es receloso y mohino.

Ello era la verdad que las trovas, aunque no nombraban á dama alguna, pintaban con tales pelos y señales la hermosura de doña Leonor, y verdad era tambien que con tal arrobamiento solía contemplarla Hernando cuando ante ella parecía, que no faltaban á su noble esposo razones para estar alerta en guarda de su honor ya maltratado por lenguas murmuradoras. Era además don García tan caviloso y espantadizo de suyo, que aunque menos razones tuviera, siempre desde el primer día de su matrimonio se había mostrado con su bella esposa mas bien como un can-cerberero, que como un marido galán y prudente.

La tarde en que ante el alcázar régio se celebraba el torneo que dejamos indicado, presentóse el buen caballero en la liza tan avinagrado y distraído, que llamó la atención de todos los demás de la cuadrilla á que él pertenecía, que era la capitaneada por el marqués de Villena. Mientras los suyos solo pensaban en ostentar la gallardía de sus personas y corceles, y vencer á sus contrarios en aquel peligroso simulacro de la guerra, vagaba de un lado á otro don García, como si buscara entre los caballeros del duque de Medina-Sidonia alguno con quien habérselas en singular empeño.

Y no debió de tardar en topar con quien sin duda buscaba en medio del confuso tropel de los combatientes, pues encarándose con uno, y rogándole se apartase un poco del grupo general, díjole con tono asáz irónico, y algo descomedido.

—Hacedme la merced, novel caballero, de no tornar á dirigir la vista hácia las damas de la reina, sino quereis que este simulacro se convierta para nosotros en combate verdadero.

Cuenta la crónica que mientras don García apostrofaba tan descortemente al novel caballero, se demudó el color del rostro de una dama sentada en el tablado de la reina, y que en poco estuvo no se levantara de la silla que ocupaba: cosa que sin duda hiciera para retirarse de la fiesta, si se lo hubiera consentido el temblor que la embargó de repente. Subió de punto hasta lo indecible su temor y desconcierto, cuando vió al novel caballero arrostrar con desenfado la altanera intimación de don García, y hubiérase creído que le oía responderle como le respondió en efecto.

—No sé, caballero, por qué razón no he de mirar yo hácia ese lado que decís, ni menos con cuál derecho podeis exigir que no mire.

—Con la razón que me dá, replicó don García, encontrarse en ese lado mi esposa; y con el derecho que me dá á pedir os cuenta de vuestras acciones el arrogante orgullo con que osais vestir los colores de dama, que solo á mí pertenece.

—Pudiera replicaros muy largamente, señor don García, si estuviéramos en otro lugar y otra sazón, pues á fé de novel caballero, os juro que no me pesaría ganar á costa de vuestra sangre la divisa que aun falta en mi escudo.

—Me habeis comprendido. Mañana al despuntar el día, os espero á orillas del Guadalquivir, á un tiro de ballesta de la Algaba.

—¿Y quién me asegura el campo?

—No, basta que lo asegure yo, don García Manrique,

conde de Castañeda? Os doy campo, donde os he dicho, cerca de mi propia quinta, para que en todo evento podais salvar vuestra alma, pues la vida será imposible.

—Allá veremos, don García; esperadme, que os juro no faltar á la hora y al sitio que habeis señalado.

Pasado este breve diálogo en voz tan baja que nadie pudo percibirlo, separáronse los interlocutores, y mientras don García pidió vènia para retirarse de la liza, so pretexto de haber recibido un bote de lanza que le ponía fuera de combate, el novel caballero tornó á embrazar su adarga y enristró su lanza, metiéndose en lo mas empeñado de la lucha, y derribando ginetes á diestro y á siniestro, como si quisiese en aquella simulada pelea hacer prueba de su brio para la verdadera que al siguiente día le aguardaba.

Entre tanto habíase llegado don García al tablado de la reina, que embebida en el espectáculo del torneo, no le vió entrar, y decir á su esposa con sardónicas palabras.

—Tan pálida y desconcertada os veo, mi señora, que no parece sino que sois vos y no yo, quien ha recibido el bote que le obliga á dejar la fiesta. Hacedme la merced de pedir vènia á la reina para retiraros, pues ni vos podeis permanecer aquí, ni yo puedo estar sin vos en este instante.

Iba sin duda á responder doña Leonor, cuando el rey, que había oído las últimas palabras de don García, se dirigió á él con benignidad, y poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo:

—Sí, retiraos, don García: yo en nombre de la reina doy licencia á vuestra esposa para que os acompañe, pues la habeis menester en efecto, si os ha de ayudar á disponer vuestra partida á la ciudad de Jaen.

—Cómo! señor! replicó don García todo trémulo y consternado. —¿Habré caído en desgracia de vuestra alteza? Me desterrais de vuestra corte?

—No por cierto, mi buen conde; antes bien deseo honrar vuestro valor, como él merece, mandándoos por capitán frontalero con dos mil lanzas, para que deis un escarmiento á la osadía de los moros de Jaen, que empiezan á talar nuestras tierras.

—Y yo, señor, os beso mil veces los piés por tan señalada honra como me dais con tal encargo. Quedad confiado en que sabré corresponder á vuestros deseos.

—Id, pues, y el cielo os guie, que mientras coronais la empresa que os confío, queda vuestra esposa bajo nuestra tutela y amparo.

Siguieron á estas otras frases de cortés despedida entre el rey y don García, mientras que doña Leonor, cumpliendo el mandato de su marido, besaba la mano de la reina, y á su vez se despedía de ella hasta el siguiente día, que prometió volver á verla al alcázar.

Tan pronto como don García y su esposa se hallaron fuera del cortejo real, encargó aquel á un escudero que se adelantase á su casa, y mandara ensillar para él su caballo de batalla y preparar una litera para doña Leonor.

—¿Pues á donde quereis llevarme? preguntó esta con cierta altivez, que debió exasperar la manifiesta cólera de su esposo.

—A nuestra quinta de la Algaba, pues no quiero que paseis la noche en Sevilla.

—Caballero, volvió á preguntar doña Leonor ¿podré saber cuáles son vuestros designios?

—A vos, señora, no toca sino obedecer á vuestro marido.

—Ved, don García, que el rey me ha tomado bajo su amparo y tutela, y no olvideis que puedo apelar ante él de vuestros malos tratamientos.

—Pues bien, oid señora. Si revelais á su alteza una sola palabra acerca de cuanto pase desde ahora hasta mi partida á Jaen, si por cualquier camino intentais oponeros á mis resoluciones, poneos antes bien con Dios, y rogad por la vida de alguno mas, que vos y yo sabemos, y que os acompañaria al infierno.

En poco estuvo que al oír tan brusca amenaza, y al sentir en su delicado brazo la violenta presión con que la acompañó la férrea mano de don García, no cayera desmayada la infeliz señora. Y todas las fuerzas que quiso sacar de su flaqueza, no la habrían seguramente valido, si al volver atrás el rostro como para buscar amparo, no hubiese visto seguirle muy de cerca el novel caballero provocado en el torneo por don García, y que habiendo observado desde la plaza y adivinado con el sagaz instinto de un amante cuanto pasaba entre los dos esposos, halló medio para dejar la liza sin ser notado, y se decidió á seguir á todo trance los pasos

de aquellos sin perderlos de vista hasta asegurarse de la suerte de doña Leonor.

En cuanto á esta, así que le hubo visto, concibió tan fundado temor de que en medio mismo de la calle viniesen á las manos él y su esposo, que sin pensar ya mas en replicar á este, empezó ella propia á acelerar el paso, como si quisiese, andando mas de prisa, quitarle tiempo de que pudiera ponerse al cabo del asunto. Protejióla efectivamente en este intento su buena fortuna, pues consiguió llegar sin mas azares á las puertas de su casa, las cuales en breve se cerraron tras de ella y de su esposo, dejando fuera al atrevido Hernando (pues no era otro quien la habia seguido hasta allí), el cual, despues de haber ansiosamente recorrido toda la casa en derredor, y disponiéndose ya para alejarse de ella, murmuró con reconcentrado encono algunas palabras, que terminó diciendo:

—La llevais lejos de Sevilla, junto al sitio donde pensais verter mi sangre, quizás para verter luego la suya. Lo veremos, señor conde; lo veremos.

II.

El día habia sido de los mas limpios y serenos que el sol de abril derrama en la hermosa Andalucía; pero la noche empezaba á encapotarse con nubes negras como el remordimiento, que parecían tener clavadas sus moles espesas en las puntas de los arábigos torreones de Sevilla. Empezaba ademas el anual deshielo en las faldas de Sierra-Nevada, y los sevillanos, ya expertos en la observacion de este periodo, se preparaban á presenciar el magnifico espectáculo que ofrecen las inundaciones del Guadalquivir. La corriente mansa, mecida por las brisas en su cuna de flores, traspasa de repente sus diques naturales, invade la ancha llanura comarcana, y amenaza tragarse la ciudad vecina, como sepulta en sus avaros senos las pintorescas aldeas y los pingües cortijos que bordan sus orillas. Las olas desenfrenadas encaránanse sobre el puente flotante que divide á Sevilla de Triana; y cortada así toda comunicacion entre la ciudad y su orilla derecha, solo el caritativo arroyo de los pescadores puede auxiliar con sus barquillas á los colonos y aldeanos, que sin poderse valer se encuentran repentinamente asediados por montañas de agua.

El año á que se refieren los sucesos de esta verdadera historia, se habian cubierto de nieve no solo las cimas, sino aun las faldas y llanuras contiguas á la sierra, por lo cual se esperaba que la inminente inundacion seria de las mas memorables. Ya empezaban las ondas á precipitar su curso algun tanto, luchando con la marea que las empujaba hácia atrás, y que subiendo desde el vecino Océano hasta las playas sevillanas, parecia querer protegerlas de la cercana invasion.

Don García previó oportunamente este peligro, y nosotros, cronistas verdaderos de sus intenciones, debemos decir que se alegró de él, pues favorecia singularmente al proyecto que habia meditado, cuando resolvió llevar á doña Leonor á su quinta de la Algaba. Así fué, que en cuanto la noche empezó á tender su manto, dióse prisa el celoso marido á atravesar el puente de Triana, escoltando á caballo juntamente con dos criados de su casa la litera en que iba encerrada su jóven esposa inundada en lágrimas, y llena el alma de fúnebres presentimientos.

Si el temor y la pena la hubieran dejado asomar el rostro por las ventanas de su litera, cuando atravesado ya el puente, caminaba por la orilla izquierda del rio, quizás á la dudosa luz de la tarde espirante, habria visto vagar en la orilla derecha, á corta distancia del sitio que hoy se llama el Blanquillo, fuera de la puerta de la Barqueta, un caballero armado de todas armas, que con los brazos cruzados y la vista fija miraba ansioso el camino que ella seguia: y aun habria oído ciertas palabras habidas entre su esposo y los criados que le acompañaban, de las cuales se deducia no haber sido ellos los últimos en observar la actitud del curioso caballero, que desde la opuesta orilla los miraba.

En cuanto este los perdió de vista, lanzó un suspiro de lo mas hondo del pecho, y con pausado continente se dirigió á una antigua capilla consagrada á nuestra señora del Amparo, que en aquella esplanada habia construido la piedad de los sevillanos, en memoria de las varias veces que la inundacion se habia detenido en el area ocupada por el santuario, como un dique puesto allí por la madre de mise-

ricordia para salvar de todo mal á los vecinos moradores. Lleno de terror y de angustia penetró Hernando en la capilla solitaria, que solo iluminaba una lámpara encendida ante el ara de la Virgen, y allí de rodillas, con los ojos clavados en la sagrada imagen, la invocó desde lo íntimo del alma.

—Reina de misericordia, sagrada Virgen del Amparo: tú, que desde mi tierna edad has sido siempre consuelo de mis tribulaciones y guia de mis pasos! Hoy necesito de tu ayuda soberana, y vengo, madre mia, á demandártela con lágrimas en los ojos. Tú, que sabes cuanto pasa en mi alma, tú ves cuán honesto es el amor que me acuita, y sabes que ningún mal pensamiento ha empañado ni empaña su pureza. Ayúdame, Virgen santa, en esta primera empresa, donde quiero hacer prueba de mi esfuerzo en pro de la inocencia, y concédeme que sin menoscabo de su honra, ni mengua de mi virtud, pueda yo salvar de los peligros que la amenazan, á la que tan rendido adoro, aunque sé que no puede ser mia. Yo te hago voto solemne, si con tu poderosa mediacion salgo bien de este empeño, de partir sin demora á la guerra contra los infieles que blasfeman de tu santo nombre, y te ofrezco, señora, cuanto sangre derrame en servicio tuyo y del reino.

Terminada esta y otras piadosas oraciones, levantóse erguido y confiado el cristiano caballero, y calándose su visera, se entró en la ciudad con ánimo de volver en breve á aquella orilla en cuanto hubiese tomado las disposiciones que requeria el peligroso intento que para aquella noche habia concebido.

GABINO TEJADO.

Trabajos de algunos escritores durante su cautividad.

GROTIUS escribió en la prision su *Comentario sobre San Mateo*.

BUCHANAN produjo en la torre de un monasterio de Portugal su bella paráfrasis sobre los Psalmos de David.

PELISSON, durante los años de su encarcelamiento, prosiguió con ardor sus estudios del griego, de filosofía, de teología, é hizo diferentes buenas obras.

CERVANTES escribió durante su cautividad en Berbería una gran parte de su *Don Quijote*.

BOECIO, se hallaba aprisionado cuando compuso su escelente obra sobre las *Consolaciones de la filosofía*.

LUIS XII, cuando era duque de Orleans permaneció durante mucho tiempo encerrado en la torre de Bourges; allí se dedicó á diferentes estudios, debiendo á esta circunstancia el ser un monarca ilustrado en un siglo ignorante.

MARGARITA, mujer de Enrique IV, compuso mientras permaneció aprisionada en el Louvre, una apología sumamente juiciosa sobre su conducta.

CARLOS I, rey de Inglaterra, escribió durante su detencion una obra notable titulada *El retrato de un rey*, la cual ordenó la entregasen á su hijo.

HOWEL compuso la mayor parte de sus obras interin permaneció en las prisiones de Fleet.

QUEVEDO y FR. LUIS DE LEON, hicieron tambien notabilísimos trabajos en tanto que permanecieron aprisionados.

El sabio SELDEN, preso por haber rebatido los diezmos eclesiásticos y las prerogativas de la nobleza, preparó sus mejores obras durante su detencion.

El cardenal de POLIGNAC hizo un *Anti-Lucrecio* durante su desgracia y su destierro.

J. B. ROUSSEAU compuso en el destierro su *oda al conde de Luc*, obra admirable del género lírico.

Finalmente, VOLTAIRE trazó y concluyó en gran parte la *Enriada* mientras su encarcelamiento en la Bastilla.

Dirección, Redacción y Oficinas calle de Jacometrezo, número 26.

MADRID. UN MES 4 rs. SEIS 20. UN AÑO 36. -Librerías de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimebon, Gaspar y Roig, Bazola, Poupart, Villa y la Publicidad, litografías del Pasaje del Iris y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS. Tres meses 12, seis 24. -Remitiendo una libranza sobre correos franca de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo, n. 26, ó en las principales librerías.

MADRID: Imp. de ALHAMBRA Y COMP., calle de la Colegiata, núm. 4.